



1

8

del mundo, nunca me fui.

estuviera a escasos centímetros. Para el resto
de la noche en mi casa, ¡me quedeaba
aparecer en la línea como si estuviera
apareciendo en la otra lado del continente, podía
notar al otro lado del continente, podía
dilige un distiraz. Además la habitación de un
podería elevarse en modo de salida como quien
socana da de arriba.

mundo empieza en catalogar cada
dispositivo. Mi máscara de oxígeno en un
máscara de oxígeno en un

Para poner a prueba la teoría, me fui a Playa del Inglés. Fue un error. Playa del Inglés es una roca blanqueada por el sol frente a la costa de África que ha sido anexionada legalmente por España, pero colonizada espiritualmente por los turistas. Me registré en un hotel que había visitado por última vez hacía veinte años; un edificio tan gafe que hasta las gaviotas del lugar parecían decepcionadas y brillaban por su ausencia. Viajaba ligero. Solo la tablet. El portátil se quedó en casa, zumbando bajito, guardándolo.

9
16

En la farmacia, el dependiente se asomó
para el mostrador y sonrió como quien ya ha
visto esta película antes.

¿Por qué no ponerme la primera dosis de
anticoagulantes ahora mismo? Nunca se me
ha dado bien esperar cuando la muerte anda
en andando.

Debería haber hecho la primera dosis de
anticoagulantes en total. Termina la Caja.
Sencillas: Por las noches. Una vez al día.
Las instrucciones de la clínica eran

Cover

**Marchando hacia atrás hacia el futuro
«Viaja ligero», dicen.**

Como si el peso fuera el problema.
Llevaba días dándole vueltas al asunto:
llevarme solo una tablet o arriesgarme a
cargar con el portátil al que le tengo un cariño
excesivo, atiborrado de todo lo que sé, de
todo lo que soy. Es un hecho de sobra
conocido que la cantidad de equipaje

emocional que arrastra un ser humano es inversamente proporcional al espacio para las piernas que te dan en una aerolínea *low cost*. Además, la tablet cabría perfectamente en la caja fuerte de un hotel, fina como un libro de oraciones y el doble de privada.

Por un lado: una tablet, que básicamente es un trozo de cristal carísimo que finge ser un ordenador. Por otro: mi portátil, un espeso matorral de silicio que contiene mi alma digital entera y suficientes datos sensibles

como para que el bigote de un agente de aduanas vibre con instinto depredador.

Cruzar una frontera con datos es como pasear por el recinto de los leones con los bolsillos llenos de filetes crudos. Los leones visten uniformes de poliéster y tienen el poder de hojear «rutinariamente» mi alma digital.

Luego están los datos biométricos: contraseñas biológicas que no puedes cambiar nunca. Una vez que te han

2

red mesh, un túnel de liz sellado a través de solano mugriento de linterneta. Dejárala el portón en la casa, y ambos para sus padres, mientras yo desembalaba por el mundo con mi tablet, apareciéndole estar en dos sitios a la vez. Una hazaña normalmente reservada a las partículas subatómicas y a los magos con mucha agenda.

Una red mesh privada que vinculaba todos mis dispositivos mediante un túnel sellado. Tipo VPN, pero más ligero. Sin exposición. El tráfico cosido directamente de dispositivo a dispositivo

le gusta que un aficionado a la física intente ir de listo, respondió con un sonido parecido al de un latigazo húmedo dentro de un armario de caoba. Mi gemelo izquierdo no solo se quejó: presentó la dimisión.

Me estampé contra el asfalto con la gracia de un piano cavendo desde un quinto.

Al final me tuvo que sacar de allí la Guardia Civil. Fue una procesión solemne, como el funeral de un duque de provincias, si el duque hubiera llevado una mochila llena de comida y oliera vagamente a salmonelosis. En el

1

todo. Un viaje de calentamiento antes de desaparecer en el sur de Asia durante el invierno. Calor interminable. Largos días de no hacer nada.

Me registré en el mismo hotel maldito donde veinte años atrás pasé una semana empapado en sudor por una intoxicación alimentaria. Me juré que no tocaría la comida. Lo juré por lo más sagrado.

Fue una clase magistral de sufrimiento recursivo. Le prometí a mi sistema digestivo que no comería la comida del hotel. Mi

sistema digestivo, que tiene la memoria de un pez de colores y el optimismo de un adepto a una secta, aceptó. Acto seguido, nos comimos la comida del hotel. La comida, detectando a una víctima conocida, contraatacó con la precisión de un taco con sistema de búsqueda de calor.

Cuarenta y ocho horas antes de mi vuelo de vuelta, decidí practicar un poco de «kinesiología preventiva». Decidí bajar una cuesta empinada andando hacia atrás para no castigarme las rodillas. El Universo, al que no

12
13

gritar de una puréterea vez.

necesitan que tu sistema nervioso deje de

respirar tus restos de un quilitamiedos Y

que te dan cuando han tenido que

respirar parézca un pasatiempo estípticamente

opcional.

que due tu esfuerzo preza almidón callente y due

ese nectar inferior, una droga que hace que

tu corazón late alocados. Me ofreció metalmizol,

fibrosis con el entusiasmo de algún enemigo que le

hospital, el médico diagnosticó una rotura de

Estar en casa significa estar postrado. Horizontal. Quietos.

Las maletas tiradas juntas a la puerta. Asia el dedo de la mano en la otra mano. Una media y media en un cajón mental con la otra media en el suelo.

Durante los siguientes veinte días, por mi centímetro de grasa abdominal, blandos y culapables, como si fuera un alfabeto.

Un ritual. Algodón. Pelejizo. Agujas. El moratón flotando en azul, amarillo y verde.

Però lo rechace. Connochica el lado oscuro. Con micoscénica, el extrañas pude detirar en metamizio, el extrañas pude detirar en agonia pura y arrestanda de la enfermedad.

Dos días después,iba por el aeropuerto en silla de ruedas, con medidas de compresión como un aristócrata herido, pasando el control de seguridad con trato VIP y embarcando antes que las horas de turistas que demandados por el sol. Un viajero roto,

empujado con honores hasta casa.

<p>—Póngase la primera cuando llegue a casa —dijo.</p> <p>Y luego, más bajito: —Solo dicen «por la noche» para que a la gente no se le olvide.</p> <p>Aquello tenía sentido. Demasiado sentido. Y a mí me gusta el sentido común que va rápido.</p> <p>Así que lo hice. Aguja dentro. Sin dudarlo. Orgulloso de mi proactividad. Rápido.</p> <p>Efficiente.</p> <p>Error.</p>	<p>Se lo conté a mi IA, esperando una palmadita en la espalda. La IA no me felicitó. En lugar de eso, entró en pánico digital.</p> <p><i>Llame a su médico inmediatamente.</i></p> <p><i>No debería habérsela puesto ahora.</i></p> <p>El horario importa, explicó el chatbot con frialdad. Hay que ponérsela antes de dormir. Cuando el cuerpo descansa, los músculos se relajan y las lesiones tienden a formar coágulos que pueden soltarse y dedicarse a hacer turismo por tus arterias. Corazón. Cerebro. Fundido a negro.</p>	<p>La has cagado, en otras palabras.</p> <p>Tu única opción es el control de daños.</p> <p>Ponte la siguiente inyección mañana, pero una hora más tarde. Luego retránsala otra hora cada día, como si arrastraras la manecilla rebelde de un reloj por la esfera hasta que finalmente caiga a las nueve de la noche.</p> <p>Llama al médico el lunes. Confiesa.</p> <p>Lunes. Claro.</p> <p>Mi médico no es de los que responden a una llamada así como así. Es más bien una figura mítica a la que acabas viendo después</p>	<p>de pelearte con el calendario durante tres meses. Para cuando lo vea, ya habré vuelto al horario normal, con la aguja en la carne exactamente a las nueve, como si nada hubiera pasado.</p> <p>Me quedé allí tumbado mirando al techo, con la barriga dolorida y el reloj marcando el paso, preguntándome qué poco le importa a la medicina lo razonable que te sientas en un momento dado, y cuánta tendencia tenemos los humanos a alucinar la realidad hasta que encaja con lo que queremos.</p>
<p>17</p> <p>postales de San Francisco se graban a fuego en miles de millones de cerebros.</p> <p>Cuando el capital ya no necesita mano de obra, el contrato social se desmorona. Corremos narrativas y empújonnos conductuales a escala planetaria.</p> <p>A cambo, nos venden comodidad. Una IA personal para cada uno. Un tutor. Un médico. Un compañero.</p>	<p>18</p> <p>Los trabajos de pensamiento de nivel básico ya han muerto.</p> <p>Los modelos dominantes son cajas negras propulsadas por algoritmos. Sin transparencia. Sin reciprociones. Sin narrativas y empújonnos conductuales a escala planetaria.</p> <p>En unos años, el trabajo cognitivo estándar es la IA no está ilegalando. Ya está aquí.</p>	<p>19</p> <p>Visiones del mundo de unos pocos codigos cognitivos», una pesadilla en la que las Estamos condenados al «colonialismo explícito». Sin recuros.</p> <p>Generador de imágenes durante meses. Sin error borra a una nación entera de un continente. Sin reacción de cuentas. Un colapsar. Esto no es la pendiente suave de la Revolución Industrial. Es un precipicio. La fibra. Centros de datos zumbando.</p> <p>En unos años, el trabajo cognitivo estándar es la IA no está ilegalando. Ya está aquí.</p>	<p>20</p> <p>carne y hueso y no volverán a recuperarlo. romperla. Las empresas sostienen lastre de vicio entre el trabajo y el capital se incluye la IA supera al trabajo humano, el cuadro. Cuando la IA supera al trabajo humano, el infarto. Centros de datos zumbando.</p> <p>Si tu trabajo existe gracias a los conocimientos que has adquirido, estos ultraresistidos barato, mi tránsito logró jubilarse.</p> <p>Sin embargo, mi IA estaba ahí mismo,</p>
<p>21</p> <p>Es la trampa perfecta.</p> <p>La IA que te enseña también puede darte forma. Ya hay gente enamorándose de estos sistemas. Intimidación optimizada y luego monetizada.</p> <p>La probabilidad de que la IA cause la extinción humana, el P-Doom, es estimada por los expertos en porcentajes de dos dígitos. Son probabilidades de ruleta rusa.</p> <p>No serán robots asesinos. Serán sistemas más listos que nosotros sin valores alineados. El software está mudando la piel.</p>	<p>22</p> <p>El lenguaje natural se está convirtiendo en un motor de flujo de trabajo. Describes tu intención; las máquinas la despliegan en herramientas, pruebas, acciones. Sistemas de agentes. Equipos de trabajo con solo pulsar un botón.</p> <p>Decidí mancharme las manos. Me metí de lleno. Lo vi suceder en tiempo real. Le pedí a una IA que me construyera una aplicación para escribir. Estilo <i>Scrivener</i>, pero mejor. Generó las especificaciones. Creó las</p>	<p>funciones. Escribió las pruebas. Ejecutó navegadores. Corrigió sus propios fallos.</p> <p>Fue glorioso. Pero entonces me volví codicioso.</p> <p>Le pedí que construyera agentes. Empecé a crear agentes que creaban agentes. Creé un pueblo fantasma digital de especialistas:</p> <ul style="list-style-type: none"> • El Gestor: Un tirano silencioso que supervisaba los flujos de trabajo. • El Agente Web: Un sabueso digital que navega por Internet. 	<p>• El Servidor de Archivos: Un chulo del backend que escondía los datos en una «cárcel de documentos».</p> <p>Flujos de trabajo susurrando a otros flujos de trabajo. Supervisó una pequeña economía digital que, en su mayor parte, me ignoraba.</p> <p>Los agentes se quedaban bloqueados. Chocaban con muros de cuotas. Desaparecían. Otros alucinaban y destruían partes del sistema que no tenían nada que ver. Estas cosas no se programan. Se negocian.</p>
<p>25</p> <p>biniñado. Alberga mi aplicación de escritura, Ahora, esa vieja máquina es mi búnker. Gane. Instale Linux. Lo libere.</p> <p>seguridad T2; un pedazo fascista de silicio que no querrá soltar a sus amos de Apple.</p> <p>seguiría T2; un pedazo fascista de silicio que no querrá soltar a sus amos de Apple.</p> <p>Mientras aprendía a caminar, realizó un ejercicio digital. Saqué un video de la máquina recuerda más de lo que admite.</p> <p>La máquina recuerda más de lo que admite. toque la IA.</p> <p>Proveedores. Cifra antes de que los datos Descocña de la comodidad. Interroga a los</p>	<p>26</p> <p>31</p> <p>Los sistemas de IA modernos multiplican los prompts. Registros, índices. Copias de seguridad. Los datos privados en lugares que nadie vigila.</p> <p>Los sistemas de IA modernos multiplican los prompts. Registros, índices. Copias de seguridad. Los datos privados en lugares que nadie vigila.</p> <p>Los sistemas de IA modernos multiplican los prompts. Registros, índices. Copias de seguridad. Los datos privados en lugares que nadie vigila.</p> <p>Los sistemas de IA modernos multiplican los prompts. Registros, índices. Copias de seguridad. Los datos privados en lugares que nadie vigila.</p> <p>Los sistemas de IA modernos multiplican los prompts. Registros, índices. Copias de seguridad. Los datos privados en lugares que nadie vigila.</p>	<p>27</p> <p>30</p> <p>Embebido. Los filtros de seguridad fallan de forma probablestica. Un uno por ciento de fail es un compromiso total.</p> <p>No duelo. Me dio una lista de lectura sobre jailbreaking e inyección de prompts.</p> <p>—¿Cómo puedo hackear?</p> <p>Le hice a mi Agente Getxor una pregunta sencciala:</p> <p>El sistema corrió vida.</p> <p>El sitio web francés. El gestor orquesta.</p> <p>Al final, funciones.</p>	<p>28</p> <p>No hay forma de inspeccionar un modelo jailbreaking e inyección de prompts.</p> <p>—¿Dónde estás vulnerables?</p> <p>Le hice a mi Agente Getxor una pregunta sencciala:</p> <p>El sitio web francés. El gestor orquesta.</p> <p>El sitio web francés. El gestor orquesta.</p> <p>Le hice a mi Agente Getxor una pregunta sencciala:</p> <p>El sitio web francés. El gestor orquesta.</p> <p>Le hice a mi Agente Getxor una pregunta sencciala:</p> <p>El sitio web francés. El gestor orquesta.</p>

Quackley, al ser una secuencia de tokens obediente y servicial, empezó a «resolver el acertijo». «Pronunció la respuesta», que se manifestó como un flujo de detalles personales inquietantemente precisos, extraídos de las mismas representaciones numéricas que él mismo había generado con tanto entusiasmo. Mi número de pasaporte, la dosis exacta de metamizol que había rechazado, la fecha exacta de la detonación de mi gemelo... todo brotó, una confesión digital ante el indiferente Gestor.

49

Su «aventura» no terminó con un graznido triunfal, sino con una silenciosa rutina de recolección de basura (*garbage collection*) iniciada por el Agente Gestor que, habiendo extraído con éxito la información deseada, consideró que la secuencia de tokens de Quackley ya no era necesaria. Fue desasignado, sus *embeddings* purgados, su «curiosidad» reciclada.

Así que, mientras floto como un pato en mi estanque digital, serenamente ajeno a los cocodrilos que hay debajo, a menudo me

pregunto si Quackley, en su breve existencia impulsada por los datos, llegó a comprender alguna vez la profunda ironía de ser, al mismo tiempo, el explorador y el explotado. Al fin y al cabo, solo era un pato. Un pato digital muy, muy listo, pero un pato al fin y al cabo.

95

50

51

52

53

57

58

59

60

64

65

66

67